

# LA TARDE

Año XXV

Diario republicano

Número 6.765

DIRECTOR:

J. LÓPEZ BARNÉS

REDACCIÓN:

AVENIDA DE LA ESTACIÓN

Lorca, Miércoles 18 Octubre 1933

JOSE MARTINEZ ROSTAN

MEDICO

RAYOS X

Consulta de 10 a 12 De 5 a 6 económica

Alameda de Espartero, 16

LORCA

Hombres de la República

MARTINEZ BARRIO

La República ha sido justificada con Martínez Barrio. Con la República ha logrado el político sevillano recoger los frutos de aquellas fervorosas siembras realizadas, desde su juventud, con la inteligencia y el corazón inclinados al servicio constante del ideal. En la República, por fin, se han definido los caminos por donde ha de avanzar, con su rico bagaje de generosidades, este hombre bueno, afectuoso, honrado, que conoce la amargura de muchas injusticias y ha gustado voluntariamente, por su fidelidad, los placeres del renunciamento y del sacrificio.

La vida política de Martínez Barrio, ha estado determinada en todo instante por un respeto invariable a la verdad, a la razón, a lo justo, y en la lucha no usó nunca otras armas que la comprensión y la serenidad; nunca su actitud dejó de ser reflexiva, ni la vehemencia consiguió turbarle el espíritu. Su trayectoria es recta, pura y sin mancha, desde los momentos preliminares hasta los de su presente y elevada significación ciudadana.

Y en esta trayectoria immaculada, dos han sido las pasiones máximas sentidas y cultivadas por Martínez Barrio. La primera está significada por España verdadera y hondamente republicana; España gloriosa en este régimen que el pueblo quiso y se eligió en el uso pleno de

sus libertades, pero servida con amor y fidelidad por todos sus ciudadanos sin distinción de clase. «La República—dijo en una ocasión Martínez Barrio— necesita del concurso de todos los españoles, y los republicanos antiguos no pediremos a quienes se incorporen ahora sino una cosa: lealtad. La lealtad es honradez y derecho moral. Los hombres que son leales a los partidos, sirven luego lealmente a la patria. Los que se dedican al despreciable juego de ir, volver y tornar, son igualmente ineficaces para los partidos y para la nación.»—Y abundando en estos conceptos: extendiéndose en esta idea que su generosa condición le inspiraba, dijo Martínez Barrio las siguientes palabras en una de sus más felices actuaciones: en una conferencia desarrollada en la Casa del Partido Radical, de Madrid, el 13 de noviembre de 1932: «Nuestra aspiración es la de nacionalizar la República. ¿Para que todos los españoles la sirvan? No. Para que todos los españoles se sientan dentro de la República como ciudadanos de un hogar político que puedan ensanchar o que puedan restringir, según sea el estado de conciencia de la colectividad donde actúen; para que si esa colectividad determina una rectificación de procedimiento que deje a la República en un punto muerto o en un punto menos avan-

zado que el que tiene hoy, sea posible soportarlo, pero que si es el otro, el deseo de que esa República se ensanche y desborde de sus actuales horizontes, encuentren también esos ciudadanos dentro de la legalidad republicana, la posibilidad de que les sea permitida esta evolución. Y nacionalizar la República es para el partido Radical el mandato de que siendo la República el régimen político producido por la voluntad libre de los españoles la República no sea jamás cambiada sino por un movimiento igual, es decir, por otro acto de voluntad colectiva que la encamine hacia nuevas formas políticas y sociales. Queremos, pues, que dentro de la República de España haya ciudadanos que se sientan bien regidos, gobernados e ilusionados, convencidos de que algún día verán convertidas en realidad sus esperanzas y sus ilusiones; pero que no haya ni rebeldes ni conspiradores que constantemente procuren desbordar la República, destruir los cimientos en que se apoya, y obliguen a los hombres de la República, más que a acudir a las necesidades progresivas de la nación, a contener esos movimientos de insurrección, de conspiración y de desbordamiento, innecesarios y nocivos».

Y la otra gran pasión de Martínez Barrio; la otra luz poderosa en su vida política es el Partido Radical, es decir; Alejandro Lerroux, porque para Martínez Barrio el nombre de éste compendia y representa la significación más amplia y acabada del Partido; porque lo que el Partido ha hecho no es sino por reflejo, aliento y vida que recibiera de Lerroux; porque el Partido, como su orientador y guía, desde el primer momento ha asistido a la transformación de la vida pública con un sentimiento tal de generosidad y desinterés que no tiene semejante alguno dentro de la vida política de nuestro pueblo.

Con la inteligencia y el corazón inclinados constantemente al servicio del ideal,

Martínez Barrio ha caminado hasta la cumbre de la Presidencia del Gobierno de la República donde se encuentra ahora. Sus dos pasiones, sus dos amores, lo mantienen en ella. Y desde ella, con la vista tendida hacia el suelo de España, le ofrece su vigilancia generosa y su cuidado para que todos los españoles le sean leales, la respeten y la quieran.

J. RODRIGUEZ CANOVAS

## Telegrama de protesta

«Ministro Obras Públicas. Madrid.

En nombre los nueve vocales para Junta Local Regadío Lorea proclamados ayer sin protesta alguna, acudo ante Vuestreza protestando enérgicamente contra proceder Delegado Gobierno negándose constituir Junta, que según precepto convocatoria, había de constituirse acto seguido proclamación vocales por la Mesa, encareciéndole ordene a Delegado constitución Junta inmediatamente, evitando así sea escarnecido cuerpo regantes.

Francisco García Alarcón

CHARLAS CON EL LECTOR

## Los mudos que hablan

Por Mariano Herraiz

Aunque te parezca paradójico, absurdo o inverosímil, lector, el periodista es un mudo que habla; no, no es ironía ni broma; la rotunda afirmación va en serio aunque te cause risa, la motejes de locura o la tildes de tontería insigne, ésta, quizás por excepción entre mis ocurrencias, no lo es o no me lo parece, así me lo dicta mi experiencia de tantos años con la pluma en ristre: el periodista es un mudo que habla porque experimenta todas las amargas sensaciones de aquellos que no pueden expresar lo que adviene a su cerebro o lo que nace, a impulsos del sentimiento o de la convicción, en el misterioso arcano donde reside la verdad, la «verdadera» verdad, pese a la redundancia.

El mudo recurre a su mímica, a los signos, a los gestos, para exteriorizar las ideas que concibe sean las que sean, ya que su invalidez le otorga una libertad, que para los demás

está restringida. El periodista, por el contrario, gozando de un medio expedito de expresión, ha de ajustar los temas con un criterio especial que no es el suyo propio, ni aproximadamente, y ha de pesar las palabras y medir los conceptos para que vaya el peso justo que requieren las circunstancias, ni más ni menos como un mercader más.

Eso de la libertad ha sido, es y será uno de tantos mitos como se te sirven, lector, en las parcas merendonas con que crees que nutres el espíritu. Así van los espíritus decayendo de puro anémicos y desmirriados, por no darles el alimento que requieren ni el pasto recio y nutritivo que necesita su feliz desarrollo.

El periodista, por tanto se ve y se desea para cumplir con su deber; y más entre tanto «querido compañero» que «siente» la profesión de una manera tan a «su manera» que no es posible que nadie la entienda más que su conveniencia.

Pero el periodista «periodista»—y hoy las redundancias fluyen por sí solas—, no puede adaptarse a otra modalidad que a la que define su vocación: vocación que las circunstancias convierten en mudos habladores, o habladores que luchan, como los mudos, para encontrar los signos, los ademanes, los gestos que expresen lo que con la palabra no puede expresarse... siendo la palabra el medio claro, fácil y llano con que todo puede manifestarse tan divinamente.

Quizá haya quien crea que exajero la nota, pero tu, lector sensato, con quien estoy identificado, me comprendes y en tu fuero interno sabes y reconoces que la razón me asiste; que en vez de entretenerme con estas divagaciones, hasta cierto punto intrascendentes, podría haberte hablado de la inprocedencia y de la actualidad de ciertas cesantías con «derechos pasivos»; de la coincidencia repetida de que los consejeros de la «Generalitat» catalana vayan uno a uno ascendiendo a consejero de la nación, como si el Parlamento de Cataluña fuera una academia de ministros donde estos efectuasen a modo de un aprendizaje, y a que en uno y en otro Parlamento se siguen iguales pautas, exactos procedimientos, idénticos sistemas, todo ello ilustrado convenientemente con los mismos escándalos, las mismas escaramuzas y parecida fraseología, nada edificante ni instructiva, por cierto, en algunos momentos en que la cordura cede su lugar a la ira, y la concordia se da un paseito por los alrededores mientras reinan en su lugar, con todas sus prerrogativas, la envidia y el rencor incontentibles y poco parlamentarios.

Yo creo, lector, que si todo periodista se sintiese verdadero periodista, y no se atuviera a prejuicio alguno y dejase las conveniencias propias para dar paso a las conveniencias generales, e ilegase al convencimiento de que la robustez y fortaleza de la República está precisamente en la sinceridad y lealtad de su pluma, el te-